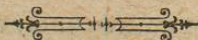


dictaba. Mi Padre la ha dado á conocer en su *Autobiografía*, donde, después de decir que, ligado por vínculos de antigua y sincera amistad con los Sres. Juárez y Lerdo, no quería dar preferencia á ninguno de los dos en la lucha electoral que entre ambos se iniciaba, agrega las siguientes palabras:

«Separándome del Ministerio, retirándome á la vida privada, podía conservarme verdaderamente neutral en la contienda ya iniciada. Bien sabía que con este paso, como sucede siempre con todos los términos medios, descontentaba á la vez, á tirios y troyanos, y que *sólo á mí mismo dejaba satisfecho*; pero como esto último me proporcionaba, precisamente, el resultado á que aspiraba, no vacilé en seguir esa línea de conducta. Presenté pues, mi renuncia del cargo que desempeñaba, *é insistí* en que me fuera aceptada. Logrado mi objeto, salí definitivamente del Gabinete del Sr. Juárez, en el cual había permanecido siete años, casi sin interrupción, desempeñando varias Secretarías del Despacho.»



Aquilatación de méritos y servicios.

No causa, ciertamente, la menor extrañeza que el Sr. Bulnes en su inmoderado afán de originalidad, que le lleva tan á menudo á las mayores extravagancias por irrisorias que éstas sean, haya afirmado que nuestra Legación en Washington, durante el período de la Intervención francesa, prestó mayores servicios y es más merecedora de la gratitud nacional que el mismo Presidente Juárez y sus Ministros de Paso del Norte. No causa, repito, la menor extrañeza tan notoria extravagancia del Sr. Bulnes; pero si la causará, al menos á cuantos conozcan nuestra Historia, que haya quien en serio, es decir, transformándola de extravagancia en sandez, quiera dar el segundo lugar á D. Matías Romero, como acontece en el artículo del Sr. Cosmes, aunque trate de aminorarla, reconociendo que el primero pertenece sin duda alguna á D. Benito Juárez y eliminando, para hacerla menos absurda, al entonces Secretario de la Legación.

«Y menos—se dice en el párrafo décimo del citado artículo—merecía reproche D. Matías Romero *que fué, después de Juárez*, el hombre que por su vigilante y activa conducta en la época de la Intervención *mereció mas que ningún otro bien de la Patria.*»

Como, desgraciadamente, nuestra Historia es poco y mal conocida, aun de personas que pertenecen á la clase culta, esto nos obliga á evidenciar, por medio de un paralelo, la sándeiz con que se pretende colocar á nuestro Ministro en Washington sobre los triunviros de Paso del Norte.

Es bien sabido que á mayor categoría corresponde mayor responsabilidad; y á mayor responsabilidad, mayor mérito. La categoría de los Secretarios de Estado es incuestionablemente superior á la de los Ministros diplomáticos, como la responsabilidad de los primeros es, también incuestionablemente, superior á la de los segundos, puesto que éstos son dirigidos por aquellos. En consecuencia, y en tesis general, los méritos de D. Matías Romero no pueden ni parangonarse con los del Sr. Lerdo y los de mi Padre.

Haré, sin embargo, abstracción de este principio general y prescindiendo de sus distintas categorías, considerándolos como simples individuos, compararé sus respectivos servicios, abnegación y patriotismo para que resalten más y mejor sus distintos merecimientos.

*
* *
*

¿Cuáles fueron los servicios prestados por D. Matías Romero á la causa nacional como representante diplomático en Washington del Gobierno mejicano? En realidad *ningunos!* Su empeño fué grande, su actividad asombrosa, su intención patriótica—exceptuando un caso muy grave por cierto—pero ¡el empeño fué inútil! ¡la actividad frustránea! ¡estéril la intención!

Era el primer deber del Ministro mejicano en Washington—y, á lograrlo, habría sido su principal servicio—procurar que se celebrase un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Méjico y los Estados Unidos, merced al cual, hubiérase abreviado en mucho el período de la invasión francesa y habríanse disminuido, en mucho también, todas las cala-

midades inherentes á una guerra de exterminio, sufrida durante seis largos años por nuestra amada Patria. Admito que el Sr. Romero tuvo intención de conseguirlo y que, si no puso en juego su empeño y su actividad para lograrlo, fué porque él mismo considerara inútil el primero, estéril la segunda. Yo no hago aquí un reproche á nuestro Ministro en Washington, aun cuando crea que un diplomático más hábil hubiera alcanzado á inducir á Seward á tener una política más enérgica respecto de Francia y más eficaz respecto de Méjico. Lo repito, yo no hago aquí un reproche al Sr. Romero. Únicamente me limito á señalar un hecho.

En el supuesto de que era imposible pactar ese tratado de alianza, era deber de nuestro Ministro en Washington procurar un auxilio en armas y dinero, otorgado por los Estados Unidos en atención á que la causa de Méjico era la causa de toda la América. Si lo hubiera logrado el Sr. Romero, ese habría sido, á no dudarlo, un gran servicio; pero el hecho es que tampoco lo consiguió.

Era deber más imperioso aún—y el Sr. Romero lo cumplió con empeño y actividad estériles—procurar que el Gobierno americano no violase, en contra nuestra y á favor de Francia, las leyes de la neutralidad. Y el hecho es que caso tan escandaloso se repitió en muchas ocasiones, no sólo durante la guerra separatista, sino aún mucho tiempo después, cuando el Gobierno de los Estados Unidos no podía temer ya que un conflicto exterior debilitase la fuerza que había de aniquilar á la rebelión suriana.

Era deber de nuestro Ministro en Washington, procurar que en las negociaciones seguidas entre los Gabinetes de las Tullerías y la Casa Blanca, para la retirada del ejército francés, se cuidara de comprender en ellas á la Legión extranjera y de evitar que fueran burladas, en parte, con la formación de los batallones de cazadores con soldados franceses. Y el hecho es que, si Napoleón—ante el peligro crea-

do por el engrandecimiento de la Prusia—no hubiera ordenado el reembarque de la Legión extranjera y no hubiera determinado que el Mariscal Bazaine, en una *orden del día*, declarase desertor á cuanto soldado francés quedara al servicio de Maximiliano; el hecho es, repito, que, á pesar del convenio virtual para la retirada del ejército expedicionario; una gran parte de éste habría permanecido en nuestro suelo, bajo el disfraz de la Legión y de los Cazadores.

El Sr. D. José Romero, cuya opinión nadie tachará de parcial en contra de su propio tío, aunque llama *prodigiosa* á la acción de nuestro representante en Washington, reconoce que ella fué estéril, lo que equivale á reconocer la carencia de los servicios atribuidos al Sr. Romero. «Acuérdese—dice en el discurso á que varias veces nos hemos referido ya—que el Sr. Seward, *por más prodigios* que hizo la Legación en Washington, permitió al Gobierno francés la exportación de los Estados Unidos de artículos de contrabando de guerra, para el uso de su ejército en México, y rehusóse en los cuatro años subsiguientes á hacer otro tanto al Gobierno del Sr. Juárez. *Tan infragante violación de las leyes de neutralidad. fué cometida por el Sr. Seward, con graves perjuicios para México* y cuando necesitaba éste con tanto apremio de su amparo.» ¡Curiosa clase de *prodigios*, la que no consigue ni lo que está en el orden natural de las cosas!

La misión diplomática fiada por nuestro Gobierno al Sr. Romero, y cuyo objeto principal consistía en lograr la cooperación americana en contra de la invasión francesa, era una misión simpática para el pueblo y el ejército de los Estados Unidos, que miraban justamente, como causa propia, la causa nacional mejicana. Esto facilitaba mucho el logro de la referida misión, y habría bastado para alcanzarlo, después del triunfo de la Unión, saber atraerse á Mr. Seward, en vez de provocar su malquerencia, no á nuestra causa, pero sí á quien la representaba en Washington.

Es el mismo D. Matías Romero quien ha dado á conocer un acto suyo, falto de tino diplomático, que forzosamente ha de haber desagradado á Seward, como lo muestra una comunicación de éste, en la que, de una manera que también podría llamarse fina, suave, correcta y diplomática—como la reprimenda del Sr. Lerdo—se hizo un extrañamiento á nuestro Ministro en Washington.

Dando cuenta D. Matías Romero de su *V. entrevista con el Presidente*—en la cual quiso arreglar directamente con Mr. Johnson, entre otras cosas, que se diera licencia temporal á los oficiales americanos que entrasen al servicio de Méjico, enganchándose en el Cuerpo de ejército voluntario que tratábase de organizar—decía: «*El Presidente me preguntó si había yo hablado sobre esto con Mr. Seward. Le dije que no, porque su enfermedad me lo había impedido, además de que no deseaba darle carácter oficial á este asunto, pues mi intención había sido que se arreglara por medio de nuestros amigos de este país y sin mi intervención oficial. Le dí á entender, del modo más delicado que pude, que, estando Mr. Seward opuesto á toda medida de este género, era del todo excusado el proponérsela á él. Le manifesté, además, que con el general Grant había hablado varias veces sobre este asunto; que aprobaba enteramente mis ideas, y que él era el que me había indicado las sometiera yo directamente al Presidente.*

«Mr. Johnson me dijo que *siempre sería necesario que hablara yo con Mr. Seward*, y me dijo que volviera á verlo el lunes ó martes de esta semana. Por la manera con que me dijo que hablara yo con Mr. Seward, conocí *que había entendido bien mi temor* de que ese plan encontrara un opositor abierto en el Secretario de Estado, pues *me repitió dos ó tres veces, y en todas con mucho énfasis*, que eso en nada perjudicaría (it will do not harm).

«En la noche de ese mismo día fui á ver al general Grant, con objeto de comunicarle lo que había ocurrido. El gene-

ral me dijo que al día siguiente iría á ver al Presidente, *para hablarle en favor de este negocio*. Me dió también otros importantes informes, que comunicaré á Ud. en nota separada.»

Poco después, al dar cuenta el Sr. Romero de su *XXI entrevista con Mr. Seward*, escribía estas palabras: «Mr. Seward estuvo muy atento conmigo, sin embargo de que no puede ocultársele *lo que he hecho recientemente respecto de él*. No hicimos alusión alguna á mis entrevistas con el Presidente.»

Cuatro días más tarde recibía nuestro Ministro la siguiente comunicación:

«Circular.—Habiéndose observado *últimamente* algunas irregularidades, ha parecido conveniente, con el fin de evitar inteligencias equivocadas, anunciar que el Gobierno de los Estados Unidos *espera* que los miembros del Cuerpo Diplomático *observen las mismas reglas y usen de las mismas cortesías* que se exigen de los empleados diplomáticos de los Estados Unidos en países extranjeros. Los negocios oficiales se tratarán *por medio del jefe de este Departamento*. El Presidente recibirá, sin embargo, *en ocasiones de ceremonia solamente*, á los representantes diplomáticos que por su jerarquía estén acreditados ante el Presidente mismo. Los representantes que no estén acreditados ante el Presidente, se entenderán en sus negocios sólo con el Secretario de Estado.

«A nombre de William H. Seward, W. Hunter, encargado de la Secretaría.—Departamento de Estado.—Washington, Julio 26 de 1865.—Sr. Matías Romero, etc., etc., etc.—Washington.»

Comentando esta Circular, decía el Sr. Romero al Secretario de Relaciones, en su nota número 368: «Al volver el día 27, con objeto de saber si me había dado ya dicha cita—una que esperaba del Presidente—recibí una nota del Departamento de Estado, fechada el día anterior, y firmada

por Mr. Hunter en nombre de Mr. Seward, como Secretario interino, de la cual incluyo copia. En ella verá Ud. que aunque la nota está marcada como *circular*, y seguramente lo es, *parece dirigida exclusivamente á mí*, pues no sé yo que *ningún otro miembro del Cuerpo Diplomático haya estado hablando recientemente con el Presidente sin intervención del Secretario de Estado.*»

Aunque D. Matías Romero, candorosamente, creyó que no había disgustado á Seward *lo que había hecho recientemente respecto de él*, puestó que á raíz de su entrevista con Johnson recibióle atentamente el Secretario de Estado, la razón natural indica, y la Circular anterior comprueba, cuánto disgustó á Mr. Seward el procedimiento de nuestro Ministro.

La finura, suavidad, corrección y diplomacia del mencionado extrañamiento estriban en haberle dado un carácter impersonal; pero el mismo D. Matías Romero reconoció al instante que, aunque enviado en una *Circular*, iba dirigido á él exclusivamente. ¡Es de sentirse que un diplomático mejicano haya dado lugar á que su conducta pudiera ser llamada, por el Secretario de Relaciones de los Estados Unidos, irregular y falta de cortesía!

A cualquier Secretario de Relaciones tiene que serle bien desagradable que se salve su conducto; pero en el caso de que nos ocupamos, con muchísima mayor razón, pues no se trataba de una simple etiqueta. Había entonces en los Estados Unidos, dentro del partido republicano, una porción encabezada por el general Grant, que deseaba la caída de Seward como opuesto á una guerra con Francia. D. Matías Romero, al pretender del Presidente Johnson una resolución, que le advertía era contraria á la política de Seward, ó se exponía á un fracaso ó provocaba un conflicto, en el que la dignidad del Secretario de Relaciones le obligaría á dimitir. Así es que el desagrado de Mr. Seward

correspondía, no á una simple falta de etiqueta, sino á una intriga para hacerle caer del Ministerio.

Tenemos una prueba de lo resentido que quedó Mr. Seward. Nada más natural que ir comunicando confidencialmente á nuestro Ministro las negociaciones seguidas por el Gabinete de la Casa Blanca con el de las Tullerías, para la retirada del ejército francés, puesto que se trataba de un asunto que tan directamente nos atañía: y, sin embargo, Mr. Seward no mostró al Sr. Romero una sola de sus Notas, ni una sola de las del Gobierno francés, ni le dió siquiera la menor información sobre la marcha de las mencionadas negociaciones. Podría creerse que éstas fueron llevadas con tal reserva, que dicha circunstancia motivaba el extraño silencio de Seward. No, el Ministro de Johnson dejaba conocer sus Notas á personas que iban á referir su contenido al Sr. Romero, quien indirectamente iba conociendo la actitud del Gobierno americano; pero el manifiesto desdén de Mr. Seward impedía á nuestro Ministro hacer indicación alguna favorable al interés particularísimo de nuestra causa nacional.

* * *

Hemos demostrado que la misión diplomática de D. Matías Romero fué estéril é infructuosa, y que, en consecuencia, sus servicios como Ministro de Méjico en Washington, durante la Intervención francesa, carecen por completo de importancia. Véamos ahora cuáles son, según sus admiradores, esos grandes servicios, que le hacen acreedor al segundo puesto, inmediatamente después de Juárez, en la gratitud de la Nación.

Según el inspirador del artículo del Sr. Cosmes, «D. Matías Romero fué, después de Juárez, el hombre que, por su vigilante y activa conducta, durante la intervención fran-

cesa, mereció más que ningún otro bien de la Patria. A esa conducta, *al manejo habilísimo de los asuntos diplomáticos* por la Legación mexicana en los Estados Unidos, *se debió en gran parte el que el Gobierno americano tomase la resolución de intervenir en la cuestión de México*, obligando á Napoleón III, á retirar su ejército de una manera vergonzosa.»

La conducta vigilante y activa nunca podrá sobreponerse, ni siquiera equipararse, á la calculadora y directriz. Para la primera basta tener ojos y piés, para la segunda se requieren criterio y voluntad. Tocó á la Legación la primera, correspondió al Ministerio la segunda. Continuamente se estuvieron dando instrucciones minuciosas por el Gobierno al Sr. Romero, y en aquellas que se referían á convenios que pudiera celebrar nuestro Representante en Washington con el Gobierno americano, no se limitó el nuestro á dar esas minuciosas instrucciones, sino que, por desconfianza á la actividad excesiva del Sr. Romero, cuidó de prevenirle que cualquier pacto que estipulara, sería «*con la reserva ordinaria de la ratificación del Gobierno de la República.*»¹

No deja de ser duro que se le recuerde á cualquiera persona lo que es *ordinario*, es decir, acostumbrado y usual; pero el Gobierno lo juzgó preciso para evitar los males que pudiera ocasionar ese famoso *trop de zèle* de que hablara Talleyrand.

En cuanto al manejo habilísimo de los asuntos diplomáticos, ya he dado á conocer dos hechos del Sr. Romero, faltos de tino diplomático; y si sus admiradores lo desean podrá señalar otros varios de índole semejante.²

Respecto á la intervención diplomática de Seward para que Napoleón repatriase al ejército expedicionario, si ésta

¹ Nota del Ministerio, número 107, de Marzo 29 de 1865.

² En mis «Rectificaciones» tituladas: «El egoísmo norte-americano durante la Intervención francesa» he puesto de manifiesto con otras Notas del Sr. Romero, tanto su falta de tino diplomático, como la consiguiente malquerencia de Seward hacia él.

se hubiera debido, siquiera en parte, á la Legación mejicana, no habría sucedido, como sucedió, que el Secretario de Estado norteamericano, dejase á nuestro Ministro en una ignorancia absoluta de las negociaciones seguidas á este respecto, en vez de informarle oficialmente de las medidas tomadas para procurar la evacuación de nuestro territorio.

Ya he demostrado; en mis *Rectificaciones*, motivadas por el *Brindis del Auditorium*, que la acción de la diplomacia americana, referente al retiro del ejército francés, invasor de nuestro suelo, fué eminentemente egoísta: y en una acción de esa clase, es bien sabido que no influyen instigaciones ajenas.

El Sr. Bulnes ha ido más allá que los otros admiradores del Sr. Romero, y pretende que éste merece, aun más que D. Benito Juárez, la gratitud de la Nación.

«Dígase lo que se quiera— escribe S. S.—y oféndase quien se ofenda, el primer puesto en esa resistencia, donde un grupo de mexicanos se levantó desde el desprecio universal con que los veía la Europa hasta la altura que tienen derecho á ocupar en la historia, pertenece á los combatientes. El segundo puesto le corresponde á la Legación de Washington, que trabajó activa y gloriosamente (!) contra las intrigas de la diplomacia francesa en Washington, para que el Imperio fuera reconocido; que trabajó contra las intrigas de González Ortega que llegó á impresionar con su legalidad y la usurpación (!) de Juárez á personas muy valiosas de los Estados Unidos. Esa misma Legación combatió desesperadamente las intrigas de Santa-Anna, quien llegó á infundir vivo interés por su causa á Mr. Seward; esa Legación trabajó contra los malos mexicanos que, abusando de las debilidades de Juárez para darles peligrosas autorizaciones con el objeto de obtener dinero y levantar hombres, causaron grandes males á su país, y sin la habilidad, energía y patriotismo de la Legación, se las hubieran

causado irreparables. En suma, toda la grande obra diplomática en los Estados Unidos que tanto sirvió al partido liberal y que se armonizaba y completaba con la heroica resistencia, se debe á los trabajos de la memorable Legación. Cuando nuestra Historia sea bien conocida, bien meditada y depurada de asquerosos *politiqueos*, los mexicanos comprenderán que D. Matías Romero, durante el período de la Intervención y el Imperio, prestó á su Patria en el orden civil servicios muy superiores á los *decorativos* que prestó Juárez.»¹

Pláceme que D. Francisco Bulnes haya puntualizado los que él llama gloriosos servicios de D. Matías Romero; puesto que, apartándose de vagas generalidades, presenta hechos que pueden ser analizados con toda escrupulosidad.

El primero de esos grandes y gloriosos servicios, consiste, según S. S., en haber trabajado contra las intrigas de la diplomacia francesa, para impedir el reconocimiento de Maximiliano.

En primer lugar, debe reconocerse que no hubo tales intrigas de la diplomacia francesa; pero, como no trato de eludir la cuestión valiéndome de una impropiedad de lenguaje cometida por el Sr. Bulnes, consideraré las francas gestiones de la diplomacia napoleónica como aquellas contra las cuales trabajó D. Matías Romero, grande y gloriosamente.

Ya dejé aclarado con toda precisión en mi *Sexta carta*, al evidenciar una de las quince imposturas del artículo del Sr. Cosmes, que sólo por debilidad de criterio pudo D. Matías creer fundados sus temores de que pudiera ser reconocido Maximiliano por los Estados Unidos del Norte. De modo que sus trabajos para evitar un imposible—imposible debido á la actitud de la Cámara, franca, resuelta é invariablemente hostil á Maximiliano, al Imperio y á toda in-

¹ *El Verdadero Juárez*, pág. 826.